

« ¡ A formar ! »

Este mandato militar fué lanzado con voz chillona, una voz de quince años que aún no se ha cambiado, por el contra maestre del taller de cepillería, joven colono que ostentaba los galones amarillos de cabo. Y de repente se suspendió el trabajo. El señor director de la Colonia Agrícola de la Meseta iba á pasar la visita diaria. Los pequeños presidiarios, de cabezas rapadas, caras taciturnas y ese color trigueño que sólo se ve en las prisiones, permanecieron inmóviles ante sus bancos con el dedo meñique en la costura del pantalón, como los soldados sin armas.

Porque la tal colonia no era exclusivamente agrícola y los llamados colonos aprendían y ejercían en ella toda especie de oficios.

En la época de su fundación el establecimiento

debió, en efecto, ser nada más que rural. Los capigordos, cuyos nombres van siempre precedidos en los periódicos por los calificativos de eminentes ó de distinguidos, los economistas llegados á altos cargos por haber visitado todas las cárceles de Europa y de las dos Américas, y los estadistas, que pueden decir, judía más ó menos, lo que se consume en todos los presidios del mundo, estuvieron de acuerdo en afirmar que para convertir en santos los niños ladrones ó vagabundos, no había nada como la vida pastoril y los trabajos del campo. Se publicaron sobre esto montones de pesados informes y de memorias indigestas, entre cuyos cuadros sinópticos circulaba cierto aire de idilio. Teócrito y Virgilio eran citados en ellas á cada paso. Es una verdad oficial y, por consecuencia, incontestable, que para ser virtuoso no hay como sembrar patatas y que nada despierta tanto la idea del honor como arrancar remolachas.

Partiendo de este principio la administración compró varios centenares de hectáreas de tierra laborable en una meseta del departamento de Marne-et-Oise, en la que soplaba en todo tiempo un viento que cortaba, por lo que los sabios oficiales se frotaron las manos de satisfacción. El aire libre ¡ magnífico ! Para la compra de lo

terrenos y la construcción de los edificios se « untaron » muchas manos, y la Colonia quedó fundada. Un gran número de pálidos y enfermizos hijos de las encrucijadas de París fueron llegando todos los días, vestidos de tela de cebolla, á la helada meseta, manejaron la azada y el rastrillo y tiraron con sus débiles manos de las pesadas carretas. Pero el resultado fué lamentable. El famoso « aire libre » empezó por enviar una docena de aquellos pobres diablos á la enfermería, donde murieron tísicos, y hubo que reconocer que las costumbres de los barrios bajos constituyen una preparación insuficiente para la agricultura.

Los funcionarios condecorados no confesaron que se habían equivocado. El día en que ustedes vean á uno de esos importantes personajes reconocer modestamente un error, vengan á decírmelo y yo pago una ronda de lo más caro y distinguido que se pueda comer ó beber. Así pues, los sabios permanecieron ó fingieron permanecer convencidos de que no hay nada más fácil que convertir un pilluelo de París en campesino, y uno de esos señorones publicó un *in folio* que probaba una vez más, con gran copia de citas y de números, que la curación moral de los niños viciados y el cultivo de las zanahorias son dos cosas muy ade-

cuadas. El volumen fué poco leído y acaso ni aun abierto, pero su autor ganó con él una sólida reputación de hombre serio y fué nombrado, en la primera ocasión, no sé qué cosa de la Legión de Honor.

No se renunció al sistema, pero hubo que introducir en él algunas atenuaciones. Los más vigorosos ó, por mejor decir, los menos anémicos de los colonos continuaron su existencia geórgica en la mortal meseta, llenos de barro hasta las orejas y en medio de los recios vientos del invierno; y para los demás se instaló en los edificios una serie de talleres á fin de que aprendieran en ellos los trabajos manuales. Y chispeó la fragua, y rechinaron las garlopas, y el ligero martillo del zapatero golpeó el cordobán.

La idea era buena. « Te encerramos durante toda tu infancia, mala persona; pero cuando salgas de aquí tendrás en tus manos una herramienta que sabrás usar. Podrás, si quieres, trabajar y vivir como un hombre honrado. »

Desgraciadamente, una buena idea no vale nada cuando no es aplicada con perseverancia y desinterés. Como los muchachos parisienses no eran torpes, la administración, que paga las cosas tres veces más de lo que valen, sin perjuicio de economizar en los cabos de vela, pensó en sacar

partido del trabajo de los jóvenes detenidos y aceptó para ellos encargos de cepillos y juguetes de niño. De ese modo, en vez de aprender verdaderos oficios, capaces de hacerles ganar el pan más adelante, se dedicaron á fabricar artículos insignificantes y de munición. Además las cosas se complicaron con unas cuantas contratas fraudulentas y sucios agiotajes. El director de la Colonia era entonces un desahuciado de la política que, allá en su juventud, había bebido innumerables vasos de cerveza con dos ó tres futuros ministros, los cuales, andando el tiempo, le dieron aquella plaza como una canonjía. Aquel fruto seco era algo bribón y se dejó untar la mano por los contratistas y por los proveedores. Los niños comieron inmundicias, lo que á todo el mundo le tuvo sin cuidado; pero el Estado, saqueado con demasiada desenvoltura, acabó por conmoverse y se produjo un escándalo. Hubo información é interpelación en la Cámara; muchos señorones con aire de importancia acudieron á la colonia con ojos escrutadores. Pero el director, advertido á tiempo, les enseñó una contabilidad pura como el agua y los llevó á la cocina, en la que probaron la sopa, aquel día inmejorable, con aires de Napoleón en el campamento. Los investigadores volvieron, pues, á París, después de un buen

almuerzo, en un estado de alma muy próximo al enternecimiento, y el ministro, informado por ellos, hizo á la Cámara una pintura de la Colonia agrícola de la Meseta que recordaba las más suaves églogas de Florián. Y los diputados, que tenían prisa por marcharse á sus distritos con el deliberado propósito de engatusar á sus electores, votaron cuanto se quiso, con lo que se terminó el asunto. Sin embargo, el director, que se veía comprometido y que no era tonto, fué á visitar á sus antiguos compañeros y consiguió que le nombraran para otro cargo, mejor retribuido, por supuesto, en la Indo-China, lejos de miradas indiscretas; y por cierto que murió en él, al poco tiempo, víctima de su sueldo.

Á pesar de todo la Colonia no marchaba bien. Los muchachos seguían empeñados en morirse como moscas. Las cosechas eran ridículas. Y de los célebres talleres no salían más que chucherías. « Todo el mal, dijo entonces uno de los sabios oficiales, viene de la falta de dirección. Allí hace falta una mano de hierro. »

No he visto aún más manos de hierro que las que colocan en sus muestras los guanteros, y aun éstas son de hoja de lata pintada de rojo, pero desde que tengo uso de razón estoy oyendo pedir una mano de hierro al menor tropiezo para todos

los asuntos públicos ó privados. No hay república ni principios liberales que valgan; una mano de hierro, un hombre de puños, no hay más que eso.

Para restablecer el orden y la prosperidad en la decadente colonia se buscó, pues, ese hombre de puños y se dió con él en seguida. Casi sin protección alguna, puede decirse, obtuvo el tal su plaza, pues apenas si necesitó la recomendación de catorce diputados y ocho senadores, sin contar la feliz coincidencia de ser cuñado del portero de la querida de un ministro.

El capitán Guijarro, que tenía algo semejante á su apellido en el sitio del corazón, acababa de retirarse del servicio después de haberlos prestado buenos y leales durante veinticinco años en las compañías de disciplina de África. Es verdad que no había vertido su sangre en los campos de batalla, pero sobresalía en enviar un recluta al calabozo á la más pequeña falta ó en obligarle á duros trabajos en pleno sol y en una temperatura capaz de hacer salir de los huevos los pollos asados. Este exnegrero con charreteras era la mano de hierro apetecida y pronto la hizo sentir á los colonos. Su antecesor, pacífico parásito del presupuesto, había sido, después de todo, bastante suave. Aquel hongo administrativo lo

dejaba pasar todo y sólo se cuidaba de cobrar el sueldo, de coger propinas de todas partes y de no hacer nada entre comidas. El capitán Guijarro, en cambio, fué terrible porque era un esclavo de su deber. Se le había colocado allí para que desplecase energía y quería que la administración no perdiese su dinero. Por escrúpulo de conciencia aplicaba á los niños los castigos más severos y para él la integridad consistía en abusar del calabozo y de la camisa de fuerza.

Aquel bruto, que era una especie de hombre honrado, tenía á sus órdenes unos treinta subalternos con los que se mostraba al mismo tiempo riguroso y muy indulgente. Por un robo de una patata hubiera hecho andar en un pie á todos sus inspectores, pero si alguno de ellos, en un momento de vivacidad estropeaba un muchacho, el capitán hacía la vista gorda, tanto era su respeto al principio de autoridad.

Los jóvenes pensionistas de la colonia no eran, seguramente, fáciles de conducir. Víctimas de alguna herencia fatal ó de una horrible educación, eran en su mayoría viciosos y rebeldes y no era posible hacer carrera de ellos más que por medio de una severa disciplina. Sin embargo, en sus almas oscuras existía el sentimiento de la justicia. Endurecidos por los malos tratamientos toleraban

los más duros castigos, pero la arbitrariedad y la tiranía les eran odiosas. Ahora bien, los inspectores, seguros de ser apoyados por el director, multiplicaban y agravaban sin razón é inicua-mente todos los castigos, y la existencia de los desgraciados niños, tan cruel ya, se hacía inso-portable.

Seamos justos. ¿Dónde se escogen; dónde se pueden escoger las personas á quienes se confía la infancia abandonada? De un antiguo sargento, demasiado obtuso para repartir cartas ó para revisar billetes de ferrocarril, se hace un carce-lero que, con frecuencia, se convierte en un ver-dugo. Pero ¿cómo elegir mejor? El hombre más superior por su inteligencia y por su corazón bastaría apenas para la penosa y delicada misión de enmendar á los niños pervertidos. Para hacerse escuchar, obedecer y amar, ¡qué tacto infalible, qué inalterable paciencia, qué espíritu de justicia y de bondad necesitaría desplegar el educador! Un santo, inflamado de caridad sublime, sería acaso insuficiente. Harían falta Vicentes de Paul y no se tienen más que carceleros.

« ¡Á formar! »

El director, de paisano, es decir, vestido con una vieja y sucia levita, pero ostentando una gorra con galón de plata, insignia de sus funciones, un

roten debajo del brazo y un vago gruñido entre su duro y grisáceo bigote, acababa de presentarse en la puerta del taller número 6, seguido por el inspector jefe.

Los doce niños á quienes se formaba allí el corazón y la inteligencia haciéndoles confeccionar gruesas de cepillos y de almohazas, un oficio estrafalario, entre paréntesis, adoptaron inme-diatamente la posición militar. Su inmovilidad era perfecta; ni un solo músculo se movía en sus tiernas fisonomías y apenas si, de vez en cuando, se permitían pestañear. El capitán no obtenía mejores resultados de sus quintos en otro tiempo, en el sur de la Argelia, en el camino de Laghouat.

El señor director paseó sobre los jóvenes una mirada terrible, como si quisiera tragárselos. Y no era que estuviese más enfadado que de costumbre; el capitán lo estaba siempre. Pero las miradas furiosas formaban parte de su sistema de educa-ción. Es verdad que hubiera podido evitarse el lan-zarlas entonces, puesto que todos los niños tenían la vista fija á quince pasos, con arreglo á la orde-nanza, y no pudieron darse cuenta de ellas.

« Cristián Forgeat... Luis Raffle... ¡Dos pasos al frente! ordenó el director con su voz enron-quecida por veinticinco años de ajenjo y de copitas de *cognac*.

Los nombrados salieron de la fila y se colocaron á tres pasos del director.

Hacia seis años que Cristián había sido detenido por vagancia y enviado á la Colonia de la Meseta. Tenía en este tiempo catorce años, se le consideraba buen muchacho y había terminado la instrucción primaria. Demasiado débil para los trabajos agrícolas, le habían dedicado á los talleres. Á pesar del tinte ajado que da el presidio á las caras, el hijo del amor no era feo, sus facciones eran finas, hermosos sus dientes y no se veía en sus ojos negros esa expresión de baja astucia que repugnaba en casi todos sus compañeros. Tenía ya cierta energía varonil en la línea de sus espesas cejas, la cejas de los Lescuyer, cuya existencia ignoraba. Bien formado y alto para su edad, el joven preso hubiera tenido casi buen aspecto sin su palidez de niño mal alimentado. Pero cojeaba un poco.

Hacia tres años un inspector le rompió una pierna de un puntapié. El hombre pagó esa vez su brutalidad con sufrir una reprimenda, pero al poco tiempo aquella bestia feroz y obscena fué sorprendida queriendo abusar de un niño. Para evitar un escándalo, que hubiera sido, sin embargo, convenientísimo, se echó tierra al asunto en vez de publicarlo á los cuatro vientos, y la

autoridad se contentó con desprender al miserable. Pero Cristián quedó estropeado, aunque ligeramente, para toda la vida,

Luis Raffle, el otro colono á quien había llamado el director, era un muchachón fuerte y mohino, de unos quince años, cráneo puntiagudo, manos enormes, tuerto y con el cuello lleno de escrófulas.

« ¡Vamos! ¡ Ya os tengo aquí, gandules! exclamó el director. ¿Qué es lo que me dice el señor inspector jefe?... Parece que os habéis querido devorar ayer en el recreo... »

Era cierto. Luis Raffle odiaba á Cristián; odiaba con mala voluntad de idiota, de monstruo, á aquel compañero que tenía inteligencia y alguna gracia infantil, que trataba de conducirse bien y que tenía la esperanza de ser, con el tiempo, un hombre como los demás, salvo y libre, mientras que Luis, en su cerebro de imbécil, presentía confusamente que sería siempre carne de presidio. Luis Raffle odiaba, pues, á Cristián y el día anterior le había injuriado groseramente, por lo que los dos muchachos se agarraron y tuvo que separarlos el inspector.

« No esperéis que os pregunte por qué os habéis zurrado, continuó el capitán... Me dispararíais una granizada de mentiras... Pero no consiento

tales desórdenes en la Colonia... Aunque Cristián Forgeat está bastante bien reputado, haréis los dos un día de cuarto de disciplina... Eso os calmará... Y si volvéis á las andadas ¡ ojo con el calabozo ! ¡ Rompan filas ! »

Y mientras el director continuaba su visita los dos niños salieron del taller á una seña del inspector jefe, el cual los condujo á sufrir su castigo.

Los dos iban juntos, con aire de indiferencia, como acostumbrados á las arbitrariedades y á los castigos injustos, impuestos al azar. En los gruesos labios de Luis Raffle, sin embargo, se dibujaba una innoble sonrisa de triunfo y el horrible muchacho murmuraba al oído de su compañero :

« Ya lo ves; no sirve de nada ser hipócrita; le meten á uno en chirona como á los malos... »

En la Colonia de la Meseta, como en todos los establecimientos penitenciarios, existe un terrible antagonismo, un odio á muerte, entre los incorregibles, los díscolos, los que están fatalmente destinados al crimen, y los que, castigados por una falta pasajera y única, procuran redimirse con una conducta correcta y se preparan á reparar en la sociedad el mal causado. Dada la perversión moral que reina en tales establecimientos, en los que la mayoría está compuesta de individuos

perversos, es natural que los buenos sean mal mirados y que en las prisiones, como en las penitenciarías de jóvenes, se considere como un insulto la palabra del argot especial de estas casas que sirve para designar á los correctos y arrepentidos. Algunas veces, es preciso reconocerlo, no son éstos más que unos hipócritas que lamen la mano de los inspectores y denuncian traidoramente á sus compañeros. Pero no por eso deja de haber algunos, entre los cuales se hallaba Cristián, que tienen bastante energía y bastante buen juicio para aceptar la terrible y larga prueba de los establecimientos de corrección, luchan contra el contagio del mal que los rodea y cierran los oídos á los malos consejos y los ojos á los malos ejemplos. Los que se encuentran en este caso son pocos. Á pesar de algunas reformas oportunas, el actual sistema de educación de los niños pervertidos es todavía cruel. Algunos hombres honrados han salido, sin embargo, de las cloacas morales que, puede decirse, son las penitenciarías. Sé de uno que es oficial en el Ejército y de otro, á quien conozco personalmente, que gana difícil y valerosamente la vida. Toda estimación y todo respeto son insuficientes para estos antiguos perseguidos y ridiculizados por sus compañeros los incorregibles.

En cuanto á los indomables, es seguro que si entraron en la penitenciaría siendo viciosos, saldrán de ella malvados. Tal es la historia de casi todos estos desgraciados jóvenes y la condenación del absurdo régimen de promiscuidad que se les impone. Las penitenciarías de jóvenes son viveros de ladrones y de asesinos. Se los encierra por largos años con la esperanza, muy remota, de corregirlos y después, un día cualquiera, se les da suelta exasperados contra la suerte, perfeccionados en el mal, maduros para el crimen.

Pero no hay que temer; los filántropos de oficio se han preocupado de un estado de cosas tan deplorable y ¿saben ustedes lo que han ideado para remediarle? El sistema celular. ¿Comprenden ustedes? ¡Los niños! ¡Los niños condenados á la soledad constante, al silencio absoluto! Aún funciona este sistema, según creo, para las prisiones preventivas y para las penas cortas. En la *Petite Roquette* se pueden ver niños encerrados en prisiones individuales, cosa que pone los cabellos de punta.

Sé perfectamente que el problema no es fácil de resolver. Sería preciso, y ya se ha pensado en ello, aislar al pequeño delincuente, confiarle, por ejemplo, á una familia pobre para hacerle crecer en una atmósfera de honradez y tomar

gusto al trabajo viendo trabajar en torno suyo. Pero, hasta entre los indigentes, el padre frunce el entrecejo cuando se le propone que introduzca en su familia esta oveja sarnosa, y hay, por otra parte, bribones que sólo aceptarían el pensionista para explotarle. ¿Qué hacer, pues? Y se cae siempre en la antigua costumbre: el presidio ó algo parecido.

Sería injusto poner en duda la buena voluntad de los especialistas, pero sus reglamentos, por muy admirables que sean y por muy llenos de prudencia y aun de piedad que estén, tienen que ser completamente modificados con muy cortos intervalos. Y lo que se ve en la práctica es siempre odioso. Presidios, enteramente presidios en los que unas criaturas irresponsables son sometidas á todos los sufrimientos morales y físicos y donde los jefes no albergan en sus corazones más caridad que alimentos sanos las cocinas.

Luis Raffé y Cristián Forgeat fueron, pues, llevados al cuarto de disciplina por haberse dado unos cuantos cachetes.

Esta sala, bastante grande, es una especie de granero al rededor del cual los niños castigados tienen que marchar en fila, al paso militar, y bajo la vigilancia de un inspector, durante todo el día, excepto dos paradas de media hora para las comidas.

Una ocurrencia de filántropo, probab'emente. El cuarto de disciplina es un suplicio que doma hasta á los más rebeldes. Según parece, le temen más aún que al calabozo, castigo supremo; hasta el punto de que los niños á quienes se castiga con el cuarto de disciplina cometen en seguida una falta más grave á fin de ser llevados al calabozo. Éste es duro. Se está en él solo, en la oscuridad, alimentado á pan y agua y acostándose en el suelo. Pero, al menos, puede el preso sentarse en un rincón, apoyar la espalda en la pared y descansar y hasta dormir, mientras que en aquella marcha sin tregua al rededor de las paredes; marcha que aniquila, que mareta, se acaba por sentir á cada paso una dolorosa sacudida en el cerebro. Es notable ¿verdad? un método de castigo cuya primera consecuencia es impulsar al niño, ya culpable, á cometer una falta mayor. El muchacho á quien se envía al cuarto de corrección por haber hecho una mueca al inspector, tiene que escupirle en la cara para merecer una pena más soportable. Esto, que parece cómico, es, sin embargo, espantoso.

XI

¡Cloc! ¡cloc!... ¡Cloc! ¡cloc!.. Los zuecos resonaban en el pavimento del cuarto de disciplina, pesados y rítmicos, y uno tras otro, pisándose los talones, marchaban sin tregua unos treinta colonos. Cristián, el último de la fila, como cojeaba un poco, se quedaba rezagado algunas veces.

« ¡Vivo, fuera pereza! le dijo el inspector, sentado en un taburete en medio de la sala.

Después añadió :

« Cuidado... Marcad los rincones. »

Porque los castigados trataban de evitar en los ángulos el cuarto de conversión que es una sacudida, un trabajo más, y el hombre quería absolutamente que le sufriesen.

Y los horribles niños andaban.. andaban. Realmente, eran horribles. Sus ojos, sin un solo